

El canto popular de los ochenta

¡Jefe!, ¿Una cantaíta?

Sebastián Montecino LN 31 de diciembre de 2006

Era una época difícil. Los trabajos formales escaseaban, pero talento y ganas habían. Los músicos populares, en su mayoría autodidactos, se ganaban el pan en las micros y en la calle con un repertorio que no sonaba en ningún otro lado. Silvio, Violeta y Víctor amenizaron muchos trayectos de ese tiempo.



En 1992, cuando Silvio Rodríguez visitaba Chile, pidió reunirse con un grupo de cantantes de micros. Le habían llegado noticias de este curioso fenómeno de la música popular y quería conocerlo de primera fuente. Eugenio Salazar fue uno de los afortunados que logró llegar a la reunión y atesora una fotografía junto al cubano como uno de sus más preciados recuerdos.

El Keno, como es conocido Salazar, se había pasado los siete años anteriores haciendo equilibrio, guitarra en mano, en el transporte público capitalino, mientras a voz en cuello pregonaba los versos del trovador cubano. Él fue protagonista de una batalla desconocida que se peleó en las calles y cuyas armas no disparaban balas, sino versos y acordes.

En los ochentas, cuando la cesantía marcaba índices de dos cifras, fueron muchos los chilenos que salieron a la calle a ganarse el pan improvisándose en algún oficio. Entre vendedores de superochos, charlatanes y cuenteros, estaban los músicos callejeros. Era la época en que la estratégica esquina de 10 de julio con Vicuña Mackenna era conocida como La Cuna del Folclore por la cantidad de exponentes que aglutinaba.

El repertorio, además de Silvio Rodríguez, incluía a Sol y Lluvia, Víctor Jara, Violeta Parra, Pablo Milanés, Illapu y un largo etcétera de compositores prohibidos por su sospechosa militancia política. Una vez sobre la micro, la presentación solía incluir un pequeño discurso o historia sobre el tema que iba a ser interpretado. Más de alguna vez, algún pasajero se levantaba indignado espetando un “porque no te bajai, comunista de mierda”, el que era confrontado inmediatamente por otros, que defendían al músico y denostaban al “momio” de turno. Chile estaba dividido y eso se notaba hasta en las micros. Como la propina era mejor cuando había discusiones, el discurso provocador llegó a ser un gaje del oficio.

LOS QUE “MATABAN LA MÚSICA”

Los enemigos del artista callejero vestían de verde y detenían a destajo a cualquiera con pinta de hippie y guitarra al hombro. Los encontrones con carabineros, además del mal rato y la posible multa, implicaban la pérdida de los instrumentos. Para los músicos era una terrible tragedia. Mítica es la historia de los hermanos Manuel y Jonás Betancourt, que inspirados en Capazorro, se defendieron a guitarrazo limpio de un piquete que quiso arrestarlos. Igual les fue mal. Además de la paliza fueron derivados a la Fiscalía Militar.

Un truco que permitió a muchos artistas callejeros trabajar tranquilos (sobre todo a aquellos que no calzaban en el estigma de pelucón hippie), fue la idea que un charlatán trasnochado importó desde Buenos Aires: la de Los Misioneros del General Juan Domingo Perón, que acá, como no, adoptó el nombre de Misioneros del General Augusto Pinochet Ugarte. Con una foto carné y una pequeña cuota, el interesado obtenía un documento que por un lado tenía los datos de afiliación y por el otro una pomposa foto del dictador. “Nadie te preguntaba si eras pinochetista, porque la idea era pasar piola y trabajar tranquilo”, comenta René Álvarez, el Mago Palito- toda una tradición de la Plaza de Armas de Santiago. La mayoría de los carabineros, ante la sola presentación del documento, los soltaban. Álvarez, por si no bastaba, andaba también con una foto suya junto a Pinochet, tomada durante una actuación para un primero de mayo. Era más que efectiva: al mostrarla, los agentes de la ley preferían hacer la vista gorda, y no meterse en honduras.

“NO MÁS MÚSICOS EN MI COMISERÍA”

Con el tiempo, los artistas también aprendieron las rutinas de la ley. Sabían a qué hora pasaba el piquete y escondían los instrumentos o aprovechaban el rato para almorzar. También había oficiales permisivos. El más conocido era el “Teniente Colorín”, que las oficiaba de cabeza de la Cuarta Comisaría. Eugenio Salazar recuerda la primera vez que “El Colorín” los detuvo. Tras una inspección en el patio donde estaban los detenidos del día, el oficial divisó un bombo y con sorprendente amabilidad lo pidió prestado. Acto seguido se puso a improvisar un solo y a marchar, lo que sacó las carcajadas de los presentes: “¿Y ustedes de qué se ríen?- fue su respuesta- si yo cuando ingresé a la institución tocaba la caja”. Tras los procedimientos de rutina, dejó a los músicos irse y les devolvió los instrumentos. A la segunda oportunidad en que hubo redada, reconoció al dueño del bombo y volvió a pedirlo. Repitió la rutina, pero al concluir preguntó a sus subalternos quién había traído a los músicos. Salazar todavía recuerda lo que “El Colorín” dijo al suboficial culpable de la detención: “Estos tipos hacen lo que ni tú ni yo podemos hacer. Los músicos son alimento para el alma”. Y concluyó: “No quiero más músicos en mi comisaría”.

La mayoría de los cantantes de micro provenían de sectores populares como Lo Hermida y La Pintana. Y así como tocaban en las micros, era común verlos aparecer en las peñas de fin de semana, en donde además de apoyar a la causa correspondiente (casi todos estos eventos tenían algún fin benéfico) se reunían a mostrar su arte y a compartir con sus pares. Era entonces cuando intercambiaban canciones y recopilaban, realizando sin proponérselo, la misma labor que hicieron muchos de los músicos que interpretaban con veneración. Una de las más recordadas peñas de la época, fue la realizada a favor de Mario Mejía, el valeroso poblador que habló sin tapujos al Papa Juan Pablo II en el acto en La Bandera y que a cambio recibió una nutrida paliza por parte de los organismos de seguridad. Fueron horas de desfile interminable de músicos, provenientes de todos los sectores de Santiago.

Así eran esos años. Mientras algunos se arriesgaban por sus ideales, otros se preocupaban sólo de sobrevivir. Pero a pesar de la ley de la calle, la solidaridad era un valor muy cultivado. Cuando no había grandes escenarios para el folclore comprometido, hubo que enfrentar la represión y tomarse los pocos espacios disponibles para cantar. Nunca fueron reconocidos públicamente, a pesar de ser un factor clave en la contracultura que sobrevivió a Pinochet. Mal que mal, no fueron pocos los chilenos que conocieron a Víctor Jara entre el ruido del motor destartado de una Matadero Palma.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 